

Hator, hator...

JOSU MONTALBÁN

Cualquiera que haya caído por Bilbao en la tarde del sábado y se haya acercado a los alrededores de la manifestación a favor de los presos etarras, sin conocer bien la realidad de Euskadi, habrá pensado que estaba en alguna dictadura salvaje a la vista de la procesión de 'presos' exhibida en forma de pañuelos colgando de las manos de sus familiares. Inmediatamente se habrá dado cuenta de que eso no es posible, pues si se tratara de una dictadura y no de un Estado de derecho, la manifestación hubiera sido suspendida por la autoridad competente. Por eso la frase que los organizadores repitieron al final –«hoy es inevitable para el mundo mirar a Euskal Herria»–, no tiene sentido. Porque el mundo ha mirado a Euskal Herria en muchas ocasiones: cuando se han puesto bombas que han matado a casi un millar de personas, cuando se ha matado a guardias, policías, ertzainas, empresarios, jueces, diputados, concejales, ciudadanos, etc... En todas esas ocasiones el mundo se habrá conternado igual que nos ocurre a nosotros cuando vemos las masacres producidas por otros grupos terroristas en nuestros televisores.

El eslogan de la marcha no ofrece dudas salvo por el sujeto al que se dirige. 'Hagamos el camino' es un bonito lema pero deberán hacer el camino quienes aún tengan camino por recorrer. Ahora bien, la izquierda abertzale (IA) usa muy bien la ambigüedad, de tal modo que debería especificar adónde lleva el camino del que habla. Si es a la convivencia y la democracia habrán de ser ellos los únicos que lo hagan pues solo ellos han vitoreado los atentados que han convulsionado la convivencia y perturbado la democracia. Si el camino es únicamente el que lleva a resolver el problema de los presos etarras el trayecto será algo más sinuoso y complicado, en todo caso debería ir acompañado de algunas dosis de humildad y de generosidad. No parece demasiado enriquecedor que muchos de los que secundaron la manifestación dijeran que «el perdón tiene que venir de las dos partes». Así dicho por quienes, además, aseguran que existe un 'conflicto' que precisa una solución definitiva, lleva a la conclusión de que estamos en guerra aunque nadie sepa de quienes contra quienes.

La IA siempre organiza sus marchas reivindicativas con la parafernalia propia de los rituales mágicos, como si se tratara de ceremonias religiosas sujetas a la más rígida disciplina. Recurren a símbolos que han ido entronizando a lo largo del tiempo, a textos que han convertido en sagrados, a presencias concretas que realcen sus actos, y a canciones que

convierten previamente en oraciones o cánticos religiosos. También en esta ocasión: se usó la palabra 'colosal' en alusión a un texto de recientemente controvertido Sarrionandia; se cantó el 'Hator, hator...' por boca de Fermín Muguruza; se pasearon con velas encendidas como si se tratara de la misa de Pascua; se vitoreó a Willy Toledo que, al parecer, equipara el 'conflicto' vasco a la causa saharauí... No está mal que se programe el ceremonial para complacer a los asistentes, pero faltó en ese ceremonial algún etarra arrepentido que mostrara algo de humanidad, y faltó alguna víctima, sí, aunque fuera alguna de esas que la IA llama víctimas de la violencia del Estado. Si hubieran estado presentes ambos, el debate social habría quedado abierto y habría servido para que los vascos reflexionaran serenamente sobre la dimensión y las características de ese que llaman 'conflicto'. Con el etarra arrepentido habríamos rememorado la brutalidad del asesinato de Yoyes. Con la víctima y su testimonio habríamos sentido, también, la dimensión de la barbarie que suponen los casi 860 asesinatos perpetrados en nombre del pueblo vasco por ETA.

Desde que ETA anunciara su cese definitivo, los miembros de la IA han mudado su semblante, son capaces de esbozar risas y exhibir sonrisas, de mostrar sus blancos dientes tras sus rostros risueños sin tener que afilar los colmillos constantemente. Son tan obedientes que incluso respetan al juez y ocultan las fotografías de sus presos, o se dejan orientar por la Ertzaintza de viva voz sin que suenen más de media docena de silbidos. Sus reivindicaciones han dejado de ser exigencias

proferidas junto a amenazas: han archivado la épica y, aunque no se hayan pasado a la lírica, sus textos se aquilatan a las estrictas exigencias del guión. Tal ha sido la mutación que cualquier declaración de los 'huéspedes' que comparten con ellos Bildu o Amaiur resulta más estridente que las suyas. Basta con analizar las palabras de Errekondo, el diputado de Amaiur, –«que el Gobierno del PP tome nota de la imagen que ofrecieron ayer en Bilbao y reaccione no ya con la amnistía o indultos colectivos sino limitándose a cumplir la ley»– y compararlas con las del coordinador de Aralar Patxi Zabaleta: «La solución tiene que tener en cuenta no solo a las víctimas, también a los presos políticos». ¿Quién de los dos ha llegado antes a la democracia activa tras su paso por la IA?

Por tanto, lo más razonable será que respondamos con mesura a las peticiones de la multitud. No siempre es juiciosa la multitud, a veces responde a los instintos más primarios; otras veces a las reflexiones más sopesadas; y otras veces a los intereses más abyectos. Lo mejor será que cada palo aguante su vela y que cada instrumento se use del mejor modo posible. ¿Imaginan ustedes que los etarras hubieran venido por Navidad para hacer lo que dice el 'Hator, hator ...', y no para vigilar a los futuros asesinados: «A comer castañas asadas para celebrar la Nochebuena junto al padre y a la madre»? ¿Que el 'Hator, hator...' vuelva a ser un villancico y no un himno! Para que todos «veamos al padre reír y a la madre también llena de alegría». Para «que la noche de Navidad la pasemos contentos y felices».

ANTÓN

